

Drim, el despertador de sueños.

María Recrea

Lucía tenía muchas preguntas. En sus más inquietos momentos, se hacía tantas como gotas de agua tienen el mismísimo Océano Pacífico y el Mar Mediterráneo juntos. Y aún así, seguía tomando aire de ese cargante verano madrileño, lejos de las letras difuminadas del teclado de su viejo ordenador, y más lejos aún de aquella playa que la vio crecer en Tierra de Dioses.

Entonces acababa de empezar el estío, y “las chicas” como le gustaba denominar a sus amigas de toda la vida, se habían empezado a diseminar por la geografía mundial. Así que pasarían unas cuantas semanas antes de que volvieran a verse, a tomar café juntas en La Positiva, entre historias de juventud y nuevas ideas de viejos sueños.

Sus adorables vecinos eran una buena alternativa, pero tampoco podría contar con su presencia hasta bien pasada la temporada, porque la mayor parte de ellos entonces estaba ya «a la fresca» de sus respectivos pueblos, allende del abrasante asfalto de la capital.

Sus quehaceres cotidianos se habían reducido a su empleo y el mantenimiento de su piso. Sin ningún otro «yo» con quién compartir sus momentos, los días iban perdiendo sentido, como lo pierde un cuadro por nadie observado o los restos del plato más exquisito en la basura.

Aquel día de julio se despertó sin recordar sueño alguno, con la mente en blanco y la mirada perdida. Eso no era lo habitual en ella, pues al alba solía abrir los ojos con las reminiscencias de sus aventuras en tierras de Morfeo bien presentes, casi palpables; esa turbadora sensación de que el día comenzaba diferente no le gustó en absoluto. Si algo amaba de la rutina (si es que uno puede estimarla de veras), era su delicioso aroma a seguridad y estatismo, a conocido y esperable. Pero no fue así aquella aurora, con aquel

inseguro sol y el desconcertante olor a mandarinas que llegaba a su olfato desde la cocina.

Mientras inspiraba con los párpados medio entornados, a través de su chatita nariz se filtraba el característico aroma de las primeras clementinas del otoño, dulces y ácidas, dispuestas a evocar la primavera. Entonces se dio cuenta de que dejar las peladuras en la encimera la noche anterior no había sido una buena idea, puesto que al despertar, seguían emitiendo su esencia imperturbable, esa que le recordaba a la única persona que había amado de verdad en toda su vida.

Subió las persianas para dejar paso a la esplendorosa luz de las nueve de la mañana de aquel domingo, al embriagador y extraordinario silencio que se percibía en su calle. Había cierta magia envolviendo aquel momento, tanta que Lucía no pudo evitar vivirlo, como abandonada a su suerte y prestada a la gloria.

Tras el inusual despertar se iba entregando poco a poco a esa calma imperante, como una lubina que, tras afanarse al río arriba, se deja llevar por su corriente, hacia la inmensidad del mar. La temperatura ambiente era idónea: aún no había empezado a calentar con pasión el astro amigo, y corría cierta brisa entre las ventanas abiertas de su dormitorio. La calidez de la noche anterior, similar a la de las últimas dos semanas, había sido considerable, pero no le impidió disfrutar de la agradable sensación de frescor que bulle de un verano recién nacido. Se estaba dejando llevar por el momento, ese entre Lucía y su soledad, entre ella y ella misma, entre el concierto y el desconcierto de cualquier mañana.

No podría soportar mucho tiempo más ese olor a mandarinas reposado las ocho o nueve horas que llevaba durmiendo, así que se incorporó en apenas unos segundos, entre enajenada por el sopor y exaltada por el recuerdo, y fue a la cocina. La peladura estaba visiblemente deshidratada y reducida, porque el calor como el tiempo, no perdona ni a la fruta; la tomó entre sus manos y abriendo el cubo de la basura con el pie, tiró aquellos restos como si se llevaran las imágenes de otros días felices por el mismo camino que siguen los desperdicios de la cena. Volvió a su cuarto disconforme, sin estímulos relevantes para su olfato retornaba a su mente ese desasosiego pacífico del que teme al cambio que le acecha. Lo que había vivido mientras dormía había ido a parar muy lejos de su conciencia, donde las cosas se ignoran y te juegan malas pasadas.

- ¿A qué narices estoy esperando?,

se dijo para sus adentros.

Miraba inquieta a su alrededor. Se movía descontrolada. Sintió el caos que precede a la genialidad; ideas que cosquilleaban las yemas de sus dedos.

Había buscado respuestas durante demasiado tiempo, escondidas en sus circunstancias, en su tedioso empleo, en sus ratos frente al televisor, en sus vicios cotidianos.

Pero ya no. Ya no más de eso para Lucía.

Entonces descifró la rabiosa incógnita. Se había pasado los últimos diez años esperando, todo ese tiempo aguardando una llamada, una visita... una presencia. Cada mañana de aquellos más de tres mil quinientos días acordándose de los sueños que había tenido durante la reciente noche. Sonreía de medio lado, con el recuerdo de esos retazos de vida no-vivida aún visibles en su mirada, imaginando que al levantarse esa quimera seguiría su cauce más allá de los sueños.

Pero al amanecer, se repetía la misma escena una y otra vez. La parte de sus labios arqueada hacia el cielo se alineaba con sus ganas de vivir, y ya no había media sonrisa, sino una expresión seria e inerte de innegable decepción. No era grato advertir que todo seguía igual; que su trabajo continuaba siendo aburrido y poco enriquecedor, que su bello piso se le quedaba demasiado grande para ella sola... que aún no tenía el coraje de escribir.

Aquel día casi todo seguía igual, pero no podía recordar lo que había soñado. Tal vez, durante ese decenio, lo único que había estado esperando era eso: despertar de esa falsa ensoñación, y como todos decían: “poner los pies en la Tierra”.

Mientras trataba de dar salida a ese éxtasis de ingenio, se sintió más despierta que nunca. De pronto, una luz descomunal encendió sus entrañas. Una idea suspendida más allá de su cabeza y de sus preocupaciones, de sus quehaceres y de sus imperfecciones; sucumbió toda pretensión de realizar cualquier maniobra de escapismo.

Fue corriendo como descontrolada, frenética, hasta el espejo de su dormitorio. Ese cuadrado de color blanco y negro que le tomó-prestado-sin-retorno-pensado a su hermana, hacía demasiados años ya.

Observó el reflejo.

Una mujer.

Ella.

Se sentó en su escritorio, abrió el ordenador y estiró sus dedos con movimientos alternativos y rítmicos... Por fin estaba a punto de empezar a sembrar su talento en medio de este mundo.

De súbito, sintió un escalofrío que recorría todo su cuerpo, y a la vez, la historia de toda su vida. Dejó caer sus párpados. Se rindió a esa emoción. Surgió en las puntas de los dedos de sus pies; su nacimiento. Ascendía hacia las caderas como dulce calambre de adolescencia. Sensación de frío ardiente, hacia su vientre, imágenes de aquella Lucía joven entregada a la ilusión de vivir. La súbita sensación se deslizó hacia su pecho; escalofrío al evocar al bebé en sus brazos. Finalmente, como un rayo invertido, la arrolladora sensación se esfumó por la coronilla.

Ese latigazo de recuerdo y presencia fue su respuesta.

Así que allí estaba. Sentada frente al escritorio de su habitación, mirando por la ventana, con las mismas vistas una y otra tarde: los robustos edificios de la calle Orense, el colegio donde vivió su infancia en las nubes, las copas de los plataneros ondeando por el candente viento de la ciudad y los míticos toldos verdes, que hacían agradable la estancia en un quinto piso con semejante temperatura. Estos eran legendarios, porque aparecían en todas las novelas que comenzaba, quizás para hacer presente algo tan sutil y a la vez perenne de su vida.

Se prometió a sí misma que no pararía de escribir. Anotaría en su cuaderno cada una de las impresiones trascendentes que afluyeran a su experiencia; porque Lucía tenía mucho que decir, y esta vez, lo iba a conseguir.

La mujer que soñaba con escribir una novela que cambiara el mundo, había comenzado por lo más complicado, arduo y desgarrador de su cometido: cambiarse a sí misma.

Había tomado una decisión. Esa era la diferencia. Esa era la única transformación que necesitaba efectuar para derrumbar ese castillo de justificaciones, miedos e inercia vital que la había tenido presa todo ese prolongado y valioso tiempo.

Sabía lo que quería, siempre lo había sabido. Nunca había dejado de sentir esa pasión vehemente, ese frenético deseo de recrear mundos e historias. Esta vez, simplemente, iría a por ello, haría realidad su propia historia: esa en la que sonríe al despertar porque es en ese momento, porque es en ese instante, cuando de verdad se empieza a soñar.

_____ o _____

Nunca hubiera escrito nada acerca de Drim sino creyera, con la certeza del que respira profundo con los ojos cerrados, que su vida cambiaría tu mundo.

... «Drim no era normal; tampoco tenía intención de serlo, pero como a todos, alguna vez, le apetecía un poco»...

Cara a cara con la pantalla de su computadora, el mundo parecía tan sencillo como unir unas letras con otras para reflejar vidas jamás (o siempre) vividas.

- «¡Drim, Drim!,

decían levantando el tono de sus inocentes voces.

- ¡Ahí va el despertador de sueños!,

sentenciaban burlones.

Al pequeño le molestaba sobremanera que se mofaran de un oficio tan tradicional e importante para las personas de su mundo, pero ya se estaba empezando a habituar.

Aún así, procuraba no sentir dolor ni rabia hacia Luis, Esteban o Jorge, porque sabía que no hablaban por ellos mismos. Seguramente habían oído a alguien de su familia renegar acerca de los despertadores de sueños, y con

afán de agradecerles y seguir su ejemplo, cometían el mismo y humano error: juzgar sin conocer.

Drim, a decir verdad, también solía hacer eso; así que, tomando aire, miraba el anj de su muñeca y sonreía, continuando su travesía por los pasillos del cole. Comprendía que, a veces, la gente actúa sin pensar demasiado en lo que está haciendo, porqué o para qué. Así que no tenía muy en cuenta esas cosas feas que le sucedían, pues sabía, con absoluto convencimiento, que no eran más que parte de un aprendizaje, de un engranaje aún mayor del que él mismo formaba parte. No entendía muy bien de qué se trataba ese gran puzzle, pero intuía que cada una de sus piezas estaba en el sitio correcto.

Y ahí estaban cada uno de ellos. Luis, apoyado en la barandilla de la escalera, con su gran cuerpo curtido con los bocadillos que acostumbraba a robar a los niños de las otras clases. Esteban, sentado en los escalones más altos, observando a los que iban subiendo hacia sus clases, analizando sus caras, sus expresiones y sus movimientos. Y Jorge, en medio de todos, interrumpiendo el paso de esa marabunta que subía del recreo con las mismas ganas que él; de sentarse, de irse a su casa, o quién sabe si, quizás, hasta de aprender.

Todos estaban en el lugar en el que habían decidido estar... ese del cual no se habían ido. »

Me encantaría describirte a Drim, su esencia, su manera de vivir.

Era un ser peculiar... y creo que siempre lo será.

«Él era grande, muy grande por dentro, aunque su cuerpo fuera tan pequeño como un árbol en su primera primavera. Tenía el cabello castaño, del color del sabio y longevo roble que preside la entrada de un gran parque. Cada uno de los pelos de su cabeza estaba estratégicamente dispuesto, como en un extraño caos ordenado; todos los días la misma anarquía en su testa, la mágica apariencia del niño desaliñado, simplemente, porque a él, le gustaba así.

En su rostro destacaban sus ojos verde aceituna. Todo lo que sus finos labios se afanaban por contener, se percibía nítido y original a través de su valiente mirada. Transmitía entusiasmo vital, descaro... coraje.

Aunque Drim fuera parco en palabras, en lo que a ideas se refiere, albergaba una riqueza sólo comparable a su sencillez de niño de nueve años. Le gustaba

pensar en el poder del silencio, en cómo, sin necesidad de palabras, había escuchado las cosas más bellas jamás pronunciadas y había confesado sus más profundos deseos.

Tenía una complexión excepcional. No dejaba de ser un niño que ni siquiera había cruzado la barrera de los diez años, pero al mirarle se percibía una fortaleza inaudita. Pero este niño de ojos verdes, tenía una debilidad: durante mucho tiempo había odiado una parte de sí mismo, algo que le hacía ser él, y no otro, una particularidad que le recordaba sus orígenes, y por ende, le instigaba a aceptarlos. Drim era libre, libre y valiente, pero todavía no había cedido ante eso, aún no había conseguido aceptar y querer a sus adorables orejillas de soplillo.»

Esas aletas de humano me enternecían. Eran algo tan exclusivo de él, que siempre trataba de observarlas, porque de un modo u otro, las admiraba perdidamente. Era su propio pedazo del boceto de Dios, la ruptura de las normas, de la belleza entendida como medida, de los tapujos; su estandarte de inocencia original, ese que todo niño necesita para crecer de verdad.

Por eso no te voy a hablar de sus característicos lunares, diseminados por toda su morena piel en aquel temprano verano, ni de su jocosa manía de dar las gracias por todo. Solo voy a contarte, con el marcado y humilde baile de mi pluma, “La Increíble y Verdadera Historia de Drim, el despertador de sueños”.